

## El caso Ramallo (\*)

### Por Nadia Piedracueva 2ºB

A las siete y media de la mañana, como todos los días, Mónica Magrini se despertó y por unos cinco o diez minutos se quedó acostada en su cama, con los ojos abiertos, juntando la energía necesaria para levantarse. A pesar de que la parte más cruenta del invierno ya había pasado, todavía era difícil abandonar el calor de debajo de las frazadas, para enfrentarse al aire frío de la madrugada.

Reunido el coraje suficiente, apartó la ropa de cama de encima de ella y se incorporó. Tomó su bata, se calzó sus gastadas pantuflas, y pasó a la cocina para prepararse el desayuno. Mientras sorbía su té con leche y esperaba a que estuvieran prontas las tostadas, Mónica miraba el sol a través de la ventana. Contemplaba como sus rayos iban ganándole terreno al rocío y a la escarcha matinal, que a esa altura del año ya la tenían cansada. No veía la hora de que llegara la primavera y de que se fuera el invierno que tan mal a los bronquios le hacía, y que la obligaban a hartarse de naranjas y té con limón.

El estruendo del motor mal mantenido del auto de Raúl Vilches, el amargado empleado de OCA, la desvió de estos pensamientos. Le sorprendió que apareciera por el lado contrario al habitual y que, torpemente, estacionara frente a la puerta del garaje de uno de los vecinos. Sonrió pensando en la disputa que tendría lugar horas más tarde, cuando el vecino quisiera sacar su auto y viera obstruido su paso. Pero sus pensamientos se vieron interrumpidos una vez más cuando dos hombres de apariencia extraña ingresaron al banco detrás de Raúl. Toda su vida sus vecinas y amigas la acusaron de ser paranoica y desconfiada, pero no podía evitar inquietarse ante la imagen de esos dos hombres ingresando al banco. Así que, sin importarle lo que comentaran sus amigas, decidió mantenerse atenta y observar lo que sucedía en el banco.

Finalizado su desayuno, lavó la vajilla que había quedado en la pileta la noche anterior, y se dispuso a ordenar la ropa que estaba desparramada por el piso de su dormitorio. Había olvidado el incidente de los dos hombres sospechosos, pero sentía que algo la estaba inquietando y le irritaba mucho no poder acordarse de la razón. Trató de hacer memoria, hasta que otro sonido de motor de auto le hizo recordar lo que había visto hacía unos minutos y corrió hacia la ventana de la cocina, impresionada por haber olvidado algo tan importante. Fue conciente de la gravedad del asunto cuando, una vez que llegó a la ventana, vio lo que estaba sucediendo. Un hombre robusto salió de su auto abruptamente para tomar por la fuerza a otro que, al parecer, acababa de bajar de un vehículo que estaba estacionado a su lado. Mónica pudo ver cómo el primer hombre le ataba las manos y le tapaba la boca con cinta de embalar al otro, para luego llevarlo a empujones hacia el interior del banco.

La escena la dejó perpleja, y por los siguientes cinco minutos no pudo realizar movimiento alguno. No era común que sus sospechas se confirmaran, y no daba crédito a lo que veía. Le daba la sensación de estar frente a una de esas tontas películas policiales que pasaban por televisión bien tarde en las noches.

Una vez recuperada de este shock, tuvo el impulso de acudir al teléfono, pero cuando su mano temblorosa levantó el tubo, se dio cuenta de que no tenía la menor idea de a quién debía llamar, ni de lo que debía hacer. Tenía pánico por lo que podría pasar si

ella llamaba a la policía o alertaba a algún otro vecino. De alguna manera, imaginaba que los delincuentes podrían enterarse de todo y que la tomarían también a ella como rehén. El sólo imaginarse atada y amordazada dentro del banco, rodeada de quién sabe cuántos hombres armados, le provocó un dolor fuerte y puntual en el pecho que poco a poco se fue convirtiendo en una voz de advertencia: “calmate, Mónica” -se dijo- “calmate que va a estar todo bien... sólo tenés que pensar en qué es lo que vas a hacer. Pensá que no hay forma de que esos tipos se enteren de lo que estás haciendo; nadie vio que los viste.”

Sus propias palabras lograron tranquilizarla (tantos años de paranoia le habían enseñado a autocontrolarse e incluso a autoconvencerse) y recuperando el aliento, tomó su block de “teléfonos importantes” y llamó a la comisaría. Con la voz un poco entrecortada, le comunicó al oficial lo que había visto, y el hombre trató de calmarla informándole que ya estaban al tanto de la situación, porque otra persona había denunciado que algo extraño estaba ocurriendo en el banco. Luego de escuchar con atención las recomendaciones de su interlocutor, apoyó el teléfono en la base, y comenzó a cerrar todas las puertas y ventanas, tal como se lo habían ordenado. Hecho esto, se sentó sobre su cama y esperó, sin saber qué era lo que venía después; sin saber qué hacer. Tenía miedo hasta de respirar y no se animaba a encender el televisor o la radio (como solía hacer cada vez que una “situación sospechosa” la alteraba) porque quería estar atenta a cualquier sonido que viniera de la calle. Maldijo el día en que había decidido mudarse a ese barrio y se maldijo a sí misma por no seguir su primera corazonada con respecto a la amenaza que constituía vivir frente a un banco, por pequeño que este fuera. Estuvo ahí sentada por quince minutos, hasta que escuchó el sonido de las hélices de dos o tres helicópteros. Aún con temor, se arrimó a la ventana de su habitación, y resguardándose detrás de las cortinas observó lo que pasaba en las inmediaciones del banco. La zona estaba repleta de policías, pero aún no podía verse nada del interior del edificio.

Sintiendo que su corazón no podría resistir más emociones por ese día (su paranoia estaba ligada a una leve hipocondría), y deseando que todo fuese un mal sueño, se aproximó a su mesita de luz, tomó un pequeño frasco del cajón y sacó dos de todos los comprimidos que se encontraban en él. Tras tragárselos con la ayuda del sorbo que quedaba en el vaso con agua que todas las noches reposaba a su lado, se metió nuevamente en la cama y cerró los ojos pensando que si tenía que morir esa noche, ya fuera perforada por balas perdidas o por las fallas de su desgastado corazón, prefería no hacer, una vez más, de testigo.

*(\*) El ejercicio de escritura consistió en crear un relato a partir de un caso policial ocurrido en Argentina, el caso Ramallo. Cada alumno debió elegir un punto de vista para la narración y mantener la coherencia de ese punto de vista a lo largo de todo el texto.*